

soro debia imponerse aquella especie de gasto como sucede con un pósito de trigo cuando reina la escasez, y que los intereses que se perdieran con aquella especie de atesoramiento serian un sacrificio util y nada sensible. Por último como era preciso volver á acuñar las monedas extranjeras que entrasen en Francia, mandó repartirlas entre todas las casas de moneda, en proporcion á la escasez de metálico que habia en cada localidad.

Así que acabó de mandar todo esto, quiso Napoleon que se ocupasen sin dilacion alguna en organizar de nuevo la tesoreria, y constituir tambien de nuevo el banco de Francia, para lo cual comisionó a Mr. Mollien, ministro del Tesoro. Mr. Gaudin, que continuaba desempeñando la cartera de Hacienda, pues recordarán nuestros lectores que en aquella época formaban dos ministerios distintos el tesoro y la hacienda, recibió orden para que presentase un plan de liquidacion de atrasos, á fin de nivelar definitivamente las entradas con los gastos, en la doble hipótesis de la paz y la guerra, aun cuando para ello fuera preciso recurrir á crear algun otro impuesto.

Despues de cuidar de la hacienda, Napoleon se ocupó en conducir el ejército á Francia, pero lentamente, de modo que solo anduviese al dia cuatro leguas, mandando que los heridos y enfermos permaneciesen hasta la primavera donde habian recibido la primera cura, y que estuviesen á su lado varios oficiales, que podian tomar de las cajas del ejército lo que se necesitara para la total curacion. Berthier se ocupaba en Munich de todo esto, y presenciaba los cambios de ter-

ritorio, tan difíciles siempre de realizar entre los príncipes alemanes, debiendo ponerse de acuerdo Berthier acerca de este asunto con Mr. Otto, representante en la córte de Baviera.

Pensó en seguida Napoleon en tomar medidas contra el reino de Nápoles, y en consecuencia mandó á Massena, que llevaba consigo cuarenta mil hombres sacados de la Lombardia, marchase hácia aquel reino por Toscana y la region mas meridional de los Estados romanos, sin dar oidos á ninguna proposicion de paz ó tregua, caso de que se la hiciesen. Por lo demas, como Napoleon no sabia si José, que no habia querido aceptar el vireinato de Italia, aceptaria la corona de las Dos Sicilias, le dió únicamente el título de teniente general, sin que por eso debiese mandar el ejército, pues aunque Napoleon todo lo sacrificaba, hasta los intereses de la politica, por exigencias de familia, no sacrificaba con tanta facilidad los intereses de las operaciones militares. Massena era quien debia mandar las tropas, y así que instalase á José en Nápoles, tomar este las riendas del gobierno civil de aquel pais, y egercer en él el mismo poder que un rey.

Al mismo tiempo se encaminó hácia la Dalmacia el general Molitor, llevando á su espalda para que le apoyase al general Marmont, quien estaba encargado en recibir de manos de los austriacos Venecia y el estado veneciano. El príncipe Eugenio tenia orden para trasladarse á Venecia y gobernar desde allí las provincias conquistadas, sin agregarlas todavía al reino de Italia, aunque dicha agregacion debia hacerse mas tarde, porque antes de decretarla definitivamente, se pro-

ponia Napoleon llevar á cabo con los representantes del reino de Italia, varios arreglos que hubieran contrariado la agregacion inmediata.

Queriendo en fin Napoleon exaltar el espíritu de sus soldados, y comunicar esta exaltacion á toda la Francia, mandó que el ejército grande se reuniese en París para ser festejado de un modo magnífico por las autoridades de la capital, pues no podia hacerse cosa mejor para figurar la idea de que la nacion festejaba al ejército, que encargarse á los ciudadanos de París festejasen á los soldados de Austerlitz.

Mientras que se ocupaba de este modo en gobernar su vasto imperio, entregándose á las faenas de la paz despues de haberlo estado á las de la guerra, Napoleon tenia tambien fija la vista en las consecuencias que podia resultar de los tratados de Presburgo y Schoenbrunn. Prusia especialmente tenia que ratificar un tratado bien previsto para ella, puesto que Mr. de Haugwitz, que iba á Viena á dictar condiciones, las habia sufrido por el contrario, y en vez de haber impuesto su voluntad á Napoleon, se llevó un tratado de alianza ofensiva y defensiva con él, aunque compensado todo ello con la cesion del Hannover, que era muy buen regalo.

Imposible es figurarse lo sorprendida que se quedaria Europa, y los diversos sentimientos de satisfaccion y disgusto, de codicia satisfecha y de confusion, que se apoderaron de Prusia así que supo el tratado de Schoenbrunn. Muchas veces se habia dejado entrever al público de Berlin, que ya Francia, ya Rusia, ofrecian al rey el electorado de Hannover, el cual, ademas de la ventaja

de redondear el territorio tan mal trazado de Prusia, tenia la de asegurar el dominio del Elba y el Weser, así como una influencia decisiva sobre las ciudades anseáticas de Hamburgo y Brema. Aquella oferta tantas veces anunciada era ya una adquisicion efectiva, una certeza, y este era gran motivo de satisfaccion para un pais que es el mas ambicioso que hay en Europa; pero en cambio de semejante regalo, ¿qué confusion, ó para espresarnos mejor, qué afrenta no iba á recaer sobre la conducta de la córte de Prusia? Aunque cedió á pesar suyo á las instancias de la coalicion, contrajo el compromiso de unirse á ella, si en el término de un mes no aceptaba Napoleon la intervencion prusiana, y sufrió las condiciones de paz que querian imponerle, lo que equivalia á tener que declararle la guerra. Y de pronto, porque encontró en Moravia, á Napoleon, no apurado sino omnipotente, se pasaba á él, aceptaba su alianza, y recibia de su mano el despojo mas bello de la coalicion, el Hannover, patrimonio desde antiguo de los reyes de Inglaterra!

Preciso es decirlo, no habria honra en el mundo si no se castigasen semejantes cosas con una solemne reprobacion; pero debemos hacer justicia á la nacion prusiana, añadiendo que conoció lo vituperable que era aquella conducta, y á pesar de lo hermoso del regalo que le llevaba Mr. de Haugwitz, lo recibió con el alma llena de pesadumbre y humillada la frente. Sin embargo, se hubiera borrado la afrenta de la memoria de los prusianos, y solo hubiese quedado en sus corazones el placer que comunican las conquistas, si al remordimiento no se hubieran unido otros senti-

mientos emponzoñando el gozo que de otro modo hubiesen sentido. Aunque los prusianos miraban con no poca envidia á los austriacos, al fin eran alemanes, y al verlos en derrota, como los alemanes tienen tanta envidia á los franceses como los rusos ó los ingleses, presenciaban con disgusto nuestros extraordinarios triunfos. Empezaba pues, á despertarse en ellos el patriotismo en favor de los austriacos, y este sentimiento, unido al del remordimiento, inspiraba á la nacion un profundo mal estar, siendo el ejército el que mas abiertamente manifestaba lo que sentia, pues no es tan impasible el ejército en Prusia como en Austria. El primero refleja las pasiones nacionales con mucha exactitud, representa á la nacion mucho mas que ningun otro ejército en los demas paises de Europa, si esceptuamos á Francia, y entonces representaba á una nacion, independiente ya de sus soberanos en cuanto á opiniones. El ejército prusiano, que abrigaba en alto grado el sentimiento de envidia alemana, que tuvo esperanzas por un momento de que se le abriria la carrera de los combates, y que la veia cerrarse de pronto con un acto difícil de justificar, criticaba al gabinete sin miramiento alguno; y la aristocracia alemana, que veia iba á arruinarse el imperio germánico con la paz de Presburgo, y que la causa de la nobleza inmediata se sacrificaba á los soberanos de Baviera, Wurtemberg y Baden, la aristocracia alemana, decimos, que ocupaba todos los grados superiores en la milicia, contribuia y mucho á escitar á los malcontentos que habia en el ejército, repitiendo con exageracion tanto en Berlin, como en Potsdam las espresiones que soltaban

aquellos. Estas pasiones hervian mas que en ninguna otra parte en derredor de la reina, convirtiéndose á la camarilla en un foco de acalorada oposicion, de suerte que el príncipe Luis, que era el que regentaba aquella camarilla, prorumpia mas que nunca en declamaciones caballerescas. Aunque los intereses se hallen de acuerdo cuando se hace una alianza entre dos paises, es preciso que tambien lo esté el amor propio de uno y otro, y no es fácil de realizar esta última condicion. Los prusianos eran entonces el único pueblo de Europa cuya política podia ponerse de acuerdo con la nuestra; pero se necesitaba tener muchas contemplaciones con el orgullo excesivo de aquellos herederos del gran Federico, y por desgracia la conducta débil, ambigua y algunas veces poco leal de su gabinete, no atraia los miramientos que exigia su carácter quisquilloso.

Al cabo de seis años de infructuosas relaciones con Prusia, se acostumbró Napoleon á no tenerle consideracion alguna, como acababa de demostrar atravesando una de sus provincias (autorizado, es verdad, por los precedentes), sin advertirselo antes. Acababa de probarlo tambien mostrándose tan poco resentido de sus disparates, puesto que á pesar del convenio celebrado en Potsdam, siendo así que tenia derecho á indignarse, le daba el Hannover, tratándola como si únicamente fuese buena para comprarla, lo cual debia ofenderla de un modo grave.

Como la conciencia humana siente todas las reconvenções á que se hace merecedora, sobre todo cuando nadie se las dirige, Prusia creia que Napoleon habia dicho de ella cosas á que se espuso

con su conducta. Así es que se aseguraba en Berlín que como los enviados austriacos se mostrasen fuertes con el apoyo de Prusia, les dijo Napoleón:—¡Prusia! es de quien mas la ofrece, y estará de mi parte, porque le daré mas que vosotros.—Así pensó; tal vez lo dijo á Mr. de Talleyrand, pero afirmaba no haberlo dicho á los enviados austriacos. Sea lo que fuere, lo cierto es que en todo Berlín corría esto como seguro, consistiendo el error de Prusia en no haber merecido la tratasen como queria, y el de Napoleón en no concederle algo aunque no lo mereciese, porque no se adquieran aliados ni amigos sin contemplar su orgullo tanto como su interés, y el que trata de adquirirlos, aunque conozca sus yerros, aunque lo sienta en gran manera, no debe cometerlos él.

Por mucho que llevase Mr. de Haugwitz, fué recibido con muy diversos sentimientos, con cólera por la córte, con dolor por el rey, con una mezcla de contento y bochorno por el público, y por nadie con entera satisfaccion. En cuanto á Mr. de Haugwitz, se presentaba sin cortedad delante de todos aquellos jueces, pues al fin llevaba de Schoenbrunn lo que habia invariablemente aconsejado, esto es, el engrandecimiento de Prusia fundado en la alianza de Francia. Lo único en que habia faltado era en haberse dejado llevar aunque por un instante del imperio de las circunstancias, lo cual le esponia al molesto contraste de ser el signatario del tratado de Schoenbrunn, despues que un mes antes lo habia sido del de Potsdam, pero de todo aquello tenia la culpa Mr. de Hardenberg, quien con su ineptitud habia complicado de tal modo en algunos meses las relacio-

nes de Prusia, que no podia salir de aquellas complicaciones sin contradecirse de un modo chocante. Por otra parte, Mr. de Haugwitz, si se dejó llevar de las circunstancias por un momento, lo fué menos que nadie; y despues de todo, acababa de salvar á Prusia del abismo donde faltó poco para que la precipitasen. Tampoco debemos olvidar que en Potsdam, por mucha seduccion que egerciese la presencia de Alejandro encargaron á Mr. de Haugwitz que no arrastrase á Prusia á tener que entrar en guerra antes de que terminase diciembre, y que el dia 2 de dicho mes encontró victorioso al que querian dominar ó vencer. Colocado como se hallaba entre el peligro de una guerra funesta, ó una contradiccion magnificamente recompensada, ¿qué se queria hiciese?—Por lo demás, decia, nada se ha comprometido pues fundándome en lo extraordinario é imprevisible de la situacion, solo he contraido con Napoleón compromisos condicionales, diciendo espresamente que se necesitaba la ratificacion de mi córte. De consiguiente, las cosas permanecen intactas, y si somos tan atrevidos como se dice, si tanto miramos por el honor, y tan poco por el interés, podemos no ratificar el tratado de Schoenbrunn, pues así lo he prevenido á Napoleón, á quien he anunciado que tratando como trataba sin tener instrucciones para ello, no contraia compromiso alguno. Podemos, pues, optar entre el Hannover ó la guerra con Napoleón, porque nos hallamos en el mismo estado que antes, escepto haber ganado el mes que se creyó necesario para organizar el ejército prusiano.

Tal era el language de Mr. de Haugwitz, exa-

gerado en solo un punto, esto es, en sostener que no habia tenido otro remedio sino aceptar el Hannover ó la guerra, pues pudo reconciliar á Prusia con Napoleon, sin aceptar el Hannover. Es verdad que Napoleon hubiera desconfiado de aquella semi-reconciliacion, y que no habia mucha distancia de la desconfianza á la guerra; pero además reconvenian á Mr. de Haugwitz sus enemigos por otra cosa, diciéndole que si no se hubiese separado tanto de los enviados austriacos, y hubiera hecho causa comun con ellos en Viena, hubiera podido resistir mas á Napoleon, y abandonar de un modo menos ostensible los intereses europeos que se ventilaban en Potsdam, ó no abandonarlos sin ponerse de acuerdo con todos. Sin embargo, esto suponía una negociacion colectiva, y Napoleon lo queria tan poco, que insistir sobre este punto era modo de ir á parar á la guerra: de consiguiente, Mr. de Haugwitz tenia que hacer frente en Schoenbrunn á la guerra, siempre la guerra, contra un adversario espantoso, antes que espirase el término fijado para fines de diciembre, á pesar del voto bien conocido del rey, y contra los intereses positivos de Prusia.

Los apuros de aquella situacion eran, pues, mucho mayores para los otros que para él mismo, además de que tenia una serenidad imperturbable, mezclada con una calma y una gracia, que hubiera bastado para sostenerle en presencia de sus contrarios, aunque tuviese efectivamente la culpa que no tenia.

Mr. de Haugwitz por lo mismo sin desconcertarse con los gritos que resonaban en torno suyo, y sin insistir siquiera en que se adoptase el trata-

do, como hubiera podido hacer un plenipotenciario mas apegado á su obra, no cesó de repetir que eran libres de hacer lo que quisiesen, pero que tuvieran presente que iban á elegir ó el Hannover ó la guerra. Por lo demás, dejaba á otro que saliera como pudiese del apuro en que habia puesto á la política prusiana, y solo conservaba para él el honor de haber vuelto á su pais al camino de que nunca debieron hacerle salir. Aquel ministro hubiera sido feliz si hubiese permanecido en semejante linea, y no hubiese echado a perder aquella situacion cometiendo inconsecuencias que le perdieron, y poco faltaron para perder á su pais.

Los exaltados, fuese ó no sincera su opinion, decian en Berlin que era una perfidia regalarles el Hannover, pues haria que Prusia sostuviese una guerra eterna con Inglaterra, causando la ruina del comercio nacional, además de que lo pagaba con el abandono de hermosas provincias agregadas á la monarquía desde muy antiguo, tales como Cleves, Anspach y Neufchatel. Sostenian que Prusia habia hecho un mal negocio pues cediendo dichastres provincias, cedia una poblacion de trescientos mil habitantes por otra de novecientos mil, y decian que si hubieran logrado el Hannover sin abandonar nada, sin perder ni á Neufchatel ni á Anspach, ni á Cleves, y aun adquiriendo algo mas, como por ejemplo, las ciudades anseáticas, entonces nada hubiera tenido que echar de menos. Pagada así aquella especie de traicion, hubiera valido la pena de cometerla; pero lo que es el Hannover no era nada desde que lo tenían, y en todo caso, añadian, aquello era deshonor á Prusia, cubrirla de infamia á los ojos de la Europa,

y entregar á los estrangeros la Alemania, su patria comun! Estas últimas reconvenções eran mas especiosas; pero podia responderse sin embargo que peor era repartir la Polonia, y aun lo de las indemnizaciones germánicas, y á pesar de esto nadie dió la voz de escándalo.

Los hombres moderados pertenecientes á la clase media de Berlin no repelían todas estas declaraciones, pero temían las represalias que Inglaterra debia tomar contra el comercio prusiano, sufrían al pensar en el deshonor que iba á recaer sobre Prusia, sentían en gran manera que los ejércitos franceses triunfassen de las tropas alemanas, y les inspiraba sobre todo gran temor la guerra con Francia.

Esto es lo que pensaba allá en su interior el rey, quien siendo como era un buen alemán, patriota y moderado, vacilaba entre aquellas consideraciones contrarias, no sin sentir amargamente el error que cometió en Postdam, error que le colocaba en la necesidad de ser inconsecuente, única objecion, que podían oponer al regalo que le hacia Napoleon. Y luego, aunque no carecia de valor personal, temía la guerra como la mayor de las desgracias, porque veía que con ella iba á arruinarse el tesoro de Federico, locamente diseminado por su padre, rehecho por él con sumo cuidado, y mermado ya gracias al último armamento: esto sin perjuicio de que con la sagacidad que suele inspirar el temor, veía tambien en la guerra la perdición de la monarquía.

Federico Guillermo suplicaba al conde de Haugwitz que aclarase sus dudas, y el conde no cesaba de repetirle, por no saber decir otra cosa, que ha-

bia que escoger ó el Hannover ó la guerra, y que en su opinion, cualquier guerra que se emprendiese contra Napoleon iria seguida de un desastre; que dijérase lo que se dijera, valían tanto como el ejército prusiano las tropas austriacas y rusas, y que no haría mas que ellas, sino es ya que hiciese menos, porque no era tan aguerrido como dichas tropas.

Convocóse de resultas de todo esto un consejo al cual asistieron los principales personajes de la monarquía, esto es MM. de Haugwitz, Hardemberg y Schullemburgo, y los dos representantes mas ilustres del ejército, es decir, el mariscal de Mollendorf y el duque de Brunswick. Allí se disputó con calor, pero como no anduviesen mezcladas en la discusion las pasiones de corte, y Mr. de Haugwitz repitiese por la centésima vez su argumento favorito de que negarse á aceptar el Hannover era tener que entrar en guerra, tomaron un término medio, ó mejor dicho el peor que podían tomar. Se decidió que el tratado fuese admitido con modificaciones, pero Mr. de Haugwitz se opuso á ello, diciendo que se habia aprovechado en Schoenbrunn de las circunstancias, y conseguido de Napoleon lo que no se volvería á conseguir; que este vería en las modificaciones introducidas en el tratado un triunfo del partido enemigo de Francia; que acabaría por no contar en manera alguna con la alianza prusiana, obrando en consecuencia, y que al ver que ratificaban el tratado con reserva, se tendria por libre imponiendo á Prusia peores condiciones ó la guerra.

Nadie dió oídos á Mr. de Haugwitz, pues sostuvieron que las modificaciones introducidas, fue-

sen buenas ó malas, salvaban el honor de Prusia, porque eran una prueba de que Napoleón no dictaba los tratados; y esta razón de tan poca valía convenció á hombres que necesitaban engañarse así mismos, hasta el extremo de aprobar el tratado, aunque introduciendo en él varios cambios.

El primero de estos cambios indicaba harto bien el pensamiento de los que lo propusieron, y la clase de apuro en que se encontraban, pues se suprimió del tratado la calificación de *ofensiva* y *defensiva*, que se daba á la alianza contraída con Francia, á fin de poder presentarse á Rusia con menos bochorno. Además, se esplicó por medio de comentarios los casos en que Prusia se creeria obligada á hacer causa comun con Francia, y se pidieron aclaraciones acerca del último arreglo proyectado en Italia, y que debía estar comprendido en las garantías recíprocas estipuladas por el tratado de Schoenbrunn; porque tenían empeño en no aprobar formalmente lo que iba á suceder en Nápoles, es decir, el destrenamiento de los Borbones, clientes y protegidos de Rusia.

Estas modificaciones significaban que si se veían obligados á entrar en la política de Francia, no querían hacerlo con franqueza, y sobre todo hasta el punto de no poder dar esplicaciones acerca de su conducta en San Petersburgo y en Viena; pero semejante intención era demasiado visible para que fuese interpretada favorablemente en París. A estas modificaciones añadieron algunas otras menos honrosas aun, modificaciones que no se escribieron en el nuevo tratado, pero Mr. de Haugwitz recibió el encargo de proponerlas de palabra. Al mismo tiempo que se quedaban con el Hannover, deseaban

no desprenderse de Anspach, que era la única condición algo importante que exigió Napoleón, y que formaba el patrimonio franconiano de la casa de Brandeburgo. También deseaban adquirir las ciudades anseáticas, conquista preciosa por su importancia comercial, y colmando de este modo la codicia de la nación prusiana, creían poder sofocar en ella el grito del honor y desarmar la opinión pública.

Hecho esto, llamaron á Mr. de Laforest, ministro de Francia y que como tal estaba encargado en cangear las ratificaciones; pero como este conocía harto bien á su soberano para que fuese á ratificar un tratado en que se habían introducido semejantes cambios, empezó por negarse á ello. Sin embargo, tantas instancias le hicieron, con tanta fuerza le hizo presente Mr. de Haugwitz la necesidad que había de sujetar á la corte de Berlin, para salvarla de sus continuas variaciones y arrancarla á las sugestiones de los enemigos de Francia, que aquel ministro consintió en ratificar el tratado modificado, *sub sperati*, precaucion que acostumbra tomar los diplomáticos cuando no cuentan abiertamente con la voluntad de su soberano.

Era preciso, pues, ir á París para hacer fuesen aprobadas aquellas nuevas tergiversaciones de la corte de Prusia, y como Mr. de Haugwitz era al parecer el que más influencia tenía con Napoleón, creyeron debían enviarle á Francia para que conjurase la tempestad que previan. Mr. de Haugwitz trató de evitarlo; pero tanto le rogó el rey que tuvo que resignarse á marchar á París, á fin de luchar por segunda vez con el negociador coronado

y victorioso con quien trató en Schoenbrunn. Partió, pues, dirigiendo antes á la corte de Francia palabras dulces y obsequiosas, para ver si le recibían menos mal de lo que era de temer.

Así que supo Napoleon la miserable conducta de la corte prusiana, vió en ella lo que era preciso ver, esto es nuevas debilidades para con sus enemigos, y nuevos esfuerzos para vivir bien con ellos, sin dejar por eso de buscar ocasion de sacar de él algun provecho. De consiguiente miró la espresada política con menos consideracion que antes, y desde entonces desesperó de la alianza prusiana, lo cual fué una gran desgracia para Prusia y Francia. A esto hay que añadir que así que empezó á reflexionar sintió haber concedido lo que concedió en Schoenbrunn; y efectivamente, el Hannover fué concedido con demasiada precipitacion, no porque pudiera estar en mejores manos que en las de Prusia, sino porque el disponer de él definitivamente era hacer mas encarnizada la lucha con Inglaterra, y añadir á los intereses encontrados que se ventilaban por mar, intereses tambien encontrados en tierra, pues el anciano Jorge III hubiera sacrificado de mejor gana que su patrimonio germánico la colonia mas rica de Inglaterra. No hay duda en que si conocian que la Gran Bretaña era implacable y solo podia reducirse por la fuerza, tenían razon en intentar cualquier cosa contra ella, y se daba muy buen uso al Hannover, destinándolo á cimentar una alianza poderosa y sincera, propia para imposibilitar las coaliciones continentales; pero ninguna de estas suposiciones parecia á la sazón verosímil. Decíase que Inglaterra se hallaba muy de-

sanimada, que Mr. Pitt debía morir bien pronto, que era probable subiese al poder Mr. Fox, y que inmediatamente habría un cambio de sistema, de suerte que cuando Napoleon supo lo que acababa de hacer Prusia, tuvo intenciones de volver las cosas al estado en que antes se hallaban, es decir restituirle Anspach, Cleves y Neufchatel, y retirar el Hannover para mantenerlo como de reserva. En el punto á que habian llegado las cosas, sea por culpa de los hombres, sea de resultados de los sucesos, lo mejor era efectivamente volver á entablar relaciones pero sin intimidad, y recobrar mutuamente lo que se habian dado el uno al otro, pues si Napoleon recobraba el Hannover tenia un medio de entrar en tratos con Inglaterra, y aprovecharse de la única ocasion que iba a presentarse para ofrecerse á poner término á una guerra funesta, causa permanente de la guerra universal.

Este fué su primer pensamiento, y ¡ojalá que lo hubiese realizado! En este sentido dió instrucciones á Mr. de Talleyrand, queriendo dijese á Mr. de Haugwitz estaba mas enfadado de lo que realmente lo estaba de las libertades que se habian tomado con Francia, que se declaraba completamente eximido de la obligacion que contraíó, y que se hallaba en libertad de recobrar el Hannover para que sirviese de prenda de la paz que queria hacer con Inglaterra, ó para volver las cosas al estado en que antes se hallaban, á fin de celebrar con Prusia un tratado mas estenso y seguro (1).

(1) Citamos la carta siguiente, que reproduce de un modo exacto el pensamiento de Napoleon



Mr. de Haugwitz llegó á París el día 1.º de febrero, y se valió no solo con Mr. de Talleyrand, sino con el emperador, de toda la sagacidad de que estaba dotado, que no era poca, ponderando los apuros de su gobierno, el cual se veía colocado entre Francia y la Europa coligada, teniendo que inclinarse muchas veces á la primera, pero viéndose obligado algunas á seguir el impulso de la segunda por pasiones de córte, que era preciso

*A Mr. de Talleyrand.*

Paris 4 de febrero de 1806.

«El ministerio ha variado enteramente en Inglaterra de resultas de la muerte de Mr. Pitt, y Mr. Fox tiene la cartera de relaciones exteriores, por lo cual deseo que me presenteis esta noche una nota redactada con arreglo á esta idea:

«El ministro de relaciones exteriores que abajo firma ha recibido órden terminante de S. M. el emperador para que manifieste á Mr. de Haugwitz en la primera entrevista que con él tenga, que S. M. no podría mirar como existente el tratado celebrado en Viena por no haber sido ratificado en el tiempo prevenido; que S. M. no reconoce en ninguna potencia, y en Prusia menos que en otra alguna, porque la esperiencia ha demostrado que es preciso hablar con claridad y sin rodeos, el derecho de modificar ó interpretar con arreglo á su interés los diferentes artículos de un tratado; que no es cangear ratificaciones tener dos textos diferentes de un mismo tratado, y que esta irregularidad aparece aun mayor si se considera las tres ó cuatro páginas añadidas á las ratificaciones de Prusia; que Mr. de Laforest, ministro de S. M. y encargado en cangear las ratificaciones, sería criminal si no hubiese conocido el irregular comportamiento de la córte de Prusia, pero que no habia aceptado el cange sino con la condicion de que habia de aprobarlo el emperador.

«El que abajo firma está, pues, encargado en declarar

comprender y disculpar. Ademas dijo que el gobierno prusiano tenia que reparar el error cometido en Postdam, siendo menester para ello que le sostuviese y animara el gobierno francés tratándole con miramiento, y se quejó tan bien (como que era el único que luchaba en Berlin para ver de conseguir que Prusia se hiciese amiga de Francia, y tenia derecho por lo mismo á que el emperador le ayudase con su benevolencia), que

que S. M. no lo aprueba, porque la ejecucion de los tratados debe ser sagrada.

«Empero tambien está encargado el que abajo firma en declarar que S. M. desea que las diferencias que han sobrevenido en las actuales circunstancias entre Francia y Prusia, terminen amigablemente, y que la amistad que de antiguo existia entre ellas subsista como antes, así como que el tratado de alianza ofensiva y defensiva, si es compatible con los demas compromisos de Prusia, subsista entre los dos paises, y asegure sus relaciones.»

Esta nota, que me presentareis esta noche, será entregada mañana en la conferencia, y no os permito bajo ningun pretexto que dejéis de entregarla.

Ya comprendereis que esto tiene dos objetos; uno dejarme en libertad de hacer las paces con Inglaterra, si se confirman dentro de algunos dias las noticias que recibo, y otro celebrar en caso contrario con Prusia un tratado sobre una base mas amplia.

En la nota os mostrareis serio y franco; pero añadiréis de viva vez todas las modificaciones, todas las palabras melosas, todo lo que pueda hacer creer á Mr. de Haugwitz que esto es hijo de mi carácter, que me he picado de la forma, y que lo que es en el fondo soy del mismo modo de sentir acerca de Prusia. Mi opinion es que en las circunstancias actuales, si efectivamente se halla al frente del ministerio Mr. Fox, no podemos ceder á Prusia el Hannover sino á consecuencia de un gran sistema que pueda garantizarnos no debemos abrigar el temor de que continúen las hostilidades.